

Dos caminos

Sólo existen dos caminos. Vida o muerte. Luz o sombra. Salto o caída. Noche o tarde. Frío o resfriado. Amor o adulterio. Condón o Sida. Blanco o ser el blanco. Humo o bebida. Con hielos o al tiempo. Dinero o nada. Playa o nieve. Poder o esclavitud. Dosis o desesperación. Día o semana. Hombre o puto. Bala o lo que sea. Árbol o desierto. Fiesta o velorio. Mujer o mujer. Mar o río. Desconfianza o traición. Goce o tortura. Tierra o fuego. Tranquilidad o agonía. Subida o la tuya.

Desde que las torres de la iglesia asomaron por los mangales, el viejo supo que Miranda no le había mentado. Parecía el lugar que tanto había buscado. Aquel tan añorado para su objetivo, quizá el último, el más importante de su vida: jubilarse.

Mas la idea no era del todo sencilla, pues su existencia se había remitido a tres cosas: combates, combates y combates. No hubo tiempo para más. Hijos, amigos, viajes, estudios y amor, sólo fueron espectadores de su existencia, pero desde el palco de las ilusiones no cumplidas.

Bajó la velocidad de su Land Rover para observar una a una las campiranas viviendas alineadas al margen de la calle, como testigos de un desfile. La sensación del retiro, que lo acompañaba desde hacía años, se hizo más fuerte al ver la pintoresca comunidad.

Justo lo que necesito, suspiró. Bajó el cristal entintado de la ventanilla para que el polarizado le dejara apreciar los colores reales de esas casas de adobe con tejas de barro tatuadas por el sol y la humedad. Los árboles frutales brillaban desde los patios y el olor a polvo mojado, a estiércol de bestia, a pueblo, inundó sus fosas nasales.

El recuerdo de su padre irrumpió sus contemplaciones. De vivir, se sentiría orgulloso de mirar que a sus años, su hijo aún seguía vivo, aún comía memelas todas las mañanas. "No hay peor afrenta para un hombre que un balazo en la cara. Porque el rostro eres tú. O a poco te reconocen por tu mano o tu pie, claro que no, te reconocen por tu máscara. Entonces, debes cuidar que nadie te lo agujere, para que cuando llegues al otro mundo tus amigos y familiares sepan que eres tú. Recuerda hijo, a los hombres de verdad no se les da la cabeza", solía decir constantemente su padre, como una oración.

Se quitó el sombrero y tanteó su cabello recién recortado. Su cabeza estaba sana y salva. Dos heridas de bala, una bajo la

tetilla derecha y otra más en la cadera, eran las huellas de su larga trayectoria en el negocio. En la friega, dirían los compas. Si la jubilación no fallaba, podría pasar el resto de su vida contemplando el atardecer campirano: cuando los pájaros comienzan el arrullo de sus crías y cuando el perfume de la hierba se hace más fuerte ante la caída de la dictadura solar.

Los habitantes que a esa hora de la mañana comenzaban sus labores, miraron recelosos el paso de su vehículo pocas veces visto en el lugar. La brillante pintura negra dejaba un halo a su paso que sólo los lugareños la miraban.

Avistó la tienda que le recomendara Miranda, frente a la iglesia. Ahí le pueden dar la información que quiera, pregunte por Galo Reyes, le dijo. Estacionó la troca, apagó el climatronic y abrió la puerta. Al dar el primer respiro sintió el aire caliente, mientras la humedad se impactaba en su rostro. Eso lo hizo sonreír, es justo lo que quiero, dijo respirando hacia adentro.

-Buenas, dijo al posar su codo sobre el mostrador.

-Qué se le ofrece- contestó el tendero, todavía acomodando la mercancía.

-Me dijeron que usted me podría dar informes sobre alguna casa que vendan en este pueblo.

-¿De qué tipo de casa?

-En realidad me interesa un terreno, porque tengo planes de construir una.

-Mire, terrenos hay muchos en el cerro, pero allá de nada le van a servir, porque no hay luz, ni agua; le recomendaría una casa vieja que esté en el pueblo, la echa abajo y construye lo que quiera, ¿no le parece?

-Buena idea.

-Mmm... déjeme recordar- sus manos sacaron una vieja libreta con funciones de directorio telefónico. Marcó y platicó rápidamente: ¿Doña Chave?... Buenos días... ¿Todavía vende su casa la de allá abajo?... Hay una persona que está interesada... Mmmm... Perfecto... ok.... ok... Hasta luego...

El Jackson había memorizado las instrucciones de Miranda: lo habían dejado al mando de la operación: llevar el encargo hasta Bronsville. Esa era la única regla, llevarlo. Con ese mandato, tenía la libertad de romper cuanta ley se le atravesara. Matar, evadir, sobornar, mentir, pero eso sí y en eso los jefes eran irreductibles, no les perdonaban, bajo ningún motivo, que abandonara la carga.

Encendió la camioneta y por los espejos miró que todos estuvieran en sus posiciones. Un matrimonio falso iba justo delante de él en una vagoneta familiar. Más adelante aún iba el encargo disfrazado de camión de paquetería y en los costados, dos autos más con dos tripulantes cada uno.

En realidad faltaba muy poco para el final de la encomienda. Con experiencia en los encargos, sabía que lo más difícil era cruzar la línea fronteriza, porque del otro lado era más seguro circular con dos toneladas y media de clorhidrato de cocaína. Pero esta vez, todavía era más fácil porque habían logrado llegar a un acuerdo con todo el turno de la aduana para que pasaran sin problemas. Aunque la paga ya se había hecho y el Jackson había insistido en bajar la guardia debido a lo fácil que se había puesto el panorama, Miranda informó que por instrucciones de arriba, la guardia sería la misma, por si las moscas y la gente del Pacho, dijo.

En menos de 30 minutos ya estaban transitando por tierras de primer mundo. Aún para el ojo más avezado, aquellos 5 vehículos sólo eran 5 más de los miles que diariamente circulan por la carretera a Bronsville.

Desde que Miranda los dejara para irse con la morra, ni siquiera habían usado los teléfonos celulares para comunicarse, ni la banda civil, ni las claves con las luces intermitentes. Nada. La cosa está bien tranquila, de las más calmadas que he visto, pensó el Jackson.

Y como la confianza es la falla del valiente, por eso nunca sospechó del anciano que los seguía a dos autos del suyo. Menos de las dos camionetas viejas, todavía 10 metros más atrás. Por eso le pareció tan repentino que en un abrir y cerrar de ojos dos vehículos detuvieran el encargo con sus tripulantes y que en menos de 10 segundos, de certeros disparos de .38 super con silenciador, tomaran el control. Cuando su cerebro mandó la señal a la mano derecha para que sacara la nueve milímetros de la sobaquera, ya tenía un cañón susurrándole al oído el infierno que se avecinaba.

No te diré mi nombre porque de todos ni me conoces y lo olvidarás antes de que acabes de leer esto. Lo que te contaré sucedió cuando fui mesero de un restaurante que está sobre la carretera al puerto. Cierta día, la jornada laboral era como siempre: muchísima gente llegaba, comía y se iba de lugar. De pronto, frente a la entrada se estacionó una camionetota, de esas que casi no se ven por estos pueblos. Del vehículo bajaron dos hombres.

Por sus trazas supuse que se trataba de un politiquillo, de esos que no dejan propina porque todo se lo quieren embolsar. Pero la cacha de una pistola asomando de su cintura me advirtió otra cosa, que era un politiquillo armado, y esos son peores.

A quemarropa me pidió que cerrara el lugar porque llegaría su jefe. Le dije que no podía cerrar el restaurante ni aunque llegara el presidente de la república: no podíamos correr a los comensales. El politiquillo se molestó y exigió hablar con mi patrón. Entre encabronado y dudoso, fui a buscar al dueño del restorán. Cuando regresé con mi patrón, éste le reiteró que cerrar era imposible.

En eso llegó otra camioneta, más lujosa que la anterior. De ésta se bajó un señor ya grande y un muchacho con mirada de venado.

Entró al lugar y se puso a lado de donde discutíamos. Yo no pensé que viniera con el tipo, pero cuando habló, el politiquillo se hizo a un lado. Nunca olvidaré a ese señor: pese a no usar lujos se veía elegante; sin gritar su voz se imponía, pausada y clara; además era exageradamente amable. Mandó al intolerante a la camioneta y nos preguntó:

-¿Cual es el problema señores?

Mi jefe le explicó que no podía cerrar porque los clientes son tan sagrados como la Virgen de Guadalupe. No podía echarlos así como así. Además, le informó que al local no se podía entrar con armas.

El señor contestó:

-Oquei, no lo cierre, sólo deme la mesa más grande que tenga y las armas entrarán escondidas.

Mi patrón sonrió y lo invitó a pasar. Alzó su mano derecha y descendieron todos los tripulantes de las camionetas. Eran como unos siete hombres. Lo digo porque yo fui quien los atendió. Cuando se estaban acomodando el politiquillo me tronó los dedos para pedirme no sé que cosa. En eso el señor preguntó:

-¿Ni siquiera puedo comer tranquilo?

El fulano se hundió en su silla y no volvió a ponerse exigente. Ni me alzó la voz. Quien me dejaba intrigado era el señor. Era un pan de amable. A nada de lo que me pidió le faltó el "por favor".

Comieron como huérfanos. Cuando terminaron el señor me dio la mano y me dijo "gracias hijo". Nadie se levantó antes que él, sino que esperaron a que encabezara la retirada. Cuando empecé a recoger me di cuenta que de que había dinero de más. Los conté, eran 5 mil pesos de más. Corrí hasta donde iba el señor. Le dije que había olvidado dinero en la mesa. Volteó y entre una sonrisa paternal me dijo:

-Es la propina hijo, por el mal momento que te hizo pasar mi gente.

Con el dinero en la mano regresé a la mesa para acabar de recoger. No podía creer que en un día ganara tanto dinero. Lo bendije varias veces. Supe su identidad hasta que un día vi en la televisión un reportaje sobre narcos. Es de los más buscados. El politiquillo apareció muerto en la frontera, junto a otros más. Le decían el Jackson. Chale. Los comensales ni se enteraron que comieron junto a puro pez gordo. Al final de la jornada, mientras contaba el dinero, pensé que hay veces que el pato nada y a veces que ni agua bebe.

Miranda sintió una ligera brisa de alegría. Pese a que en su profesión el regocijo era una emoción prohibida, se sintió tranquilo al saber que el jefe lograría uno de sus más ansiados sueños: jubilarse.

Los últimos años habían sido duros. Bastante densos, decía. La caída del PRIT en el gobierno federal había abierto las puertas a nuevos políticos, los del CAN, funcionarios de una nueva camada, ansiosos de dinero y algo más: querían apropiarse del negocio, y que ellos fueran sus guaruras.

Luego de intensas negociaciones, acordaron nuevas cuotas: una remesa mensual para cada uno y el compromiso dejarlos trabajar. Cada quien en sus plazas. Hasta ahí todo iba bien. No obstante, el presidente Vicencio Cox no cumplió su parte y liberó al Pacho, preso en el penal dizque más seguro de Latinoamérica, El Sauce.

Ya suelto, el Pacho comenzó a reagrupar a su gente y se alió con dos cárteles venidos a menos. Juntos, gobierno, Pacho y aliados empezaron una cruenta cruzada contra los Equis, quienes respondieron como sabían hacerlo, a punta de bala.

Fueron días rojos: balaceras, levantones y ejecutados por todos lados. Políticos, deportistas, periodistas, funcionarios, cantantes, civiles, mascotas, de tocho morocho. Esa fue la tónica de varios meses. Hasta que agarraron a Jassiel, el que por mucho tiempo fue la mano derecha del jefe.

Entonces los Equis se replegaron y tras reorganizarse, respondieron con más balazos todavía e incluso les dieron un golpe muy doloroso: al final de un palenque acribillaron al Pato de Plata, un cantante grupero muy estimado por el Pacho.

Eso fue el vaso que derramó el tanque: la guerra de cárteles se intensificó. Se mataba gente por doquier. Decenas de cuerpos aparecían a diario en estacionamientos, dentro de automóviles, tirados al lado de carreteras de todo el país, a la entrada de oficinas de gobierno o frente a comandancias de policía.

Miranda empezó a hacer el trabajo de Jassiel, con quien se mantuvo en contacto -hasta que lo extraditaron a los yunaites-. Este movimiento aplazó la jubilación del jefe, pues el cártel que tuvo que reorganizar.

Pero ahora, tras varios años, las cosas se habían emparejado. Equis y Pachos se habían dado con todo. Tenían al país entero como espectadores y su poder era el único que realmente existía en estas tierras. Había llegado la hora de una batalla y parecía que sería la última.

El Jackson despertó y al mirar las circunstancias, deseó con todas sus fuerzas no haberlo hecho. No conocía el lugar y seguramente, no viviría para conocerlo. Dejó que sus abollados sentidos buscaran algo pero no se escuchaban ruidos de autos y por el correr del aire sobre las láminas del techo, esa bodega estaría situada sobre un terreno despoblado. Bastante lejos para que alguien pudiera escuchar sus últimas palabras.

Lo sabía porque sus ojos no estaban vendados. De haberlo hecho, quizá hubiera tenido esperanzas de vivir. Pero el dejarlos destapados es porque sus días estaban contados y el rostro que se grabaría en sus pupilas, antes de enfriarse, sería el de su verdugo.

Regó su adolorida vista. En ambos lados estaban dos más de su grupo, el Cos y Manuel, sin ropa, atados de pies y manos a sillas oxidadas, y con huellas de haber sido besados por la tortura. Amontonados, a unos 5 metros estaban los cuerpos desnudos de los otros cuatro, incluyendo la chava que había sido contratada para simular el matrimonio. Estaban muertos y al parecer tenían rato, porque semejaban rígidas tablas torpemente estibadas.

Luego revisó su cuerpo. Los dedos estaban quebrados porque le dolía tan sólo pensar en moverlos. Podía palpar la sangre que cubría la epidermis de sus brazos, amarrados hacia atrás. Su tórax era una abstracta imagen compuesta de moretones, cortadas y sangrado, que le producía dolor al respirar. Seguramente tendría un par de costillas rotas.

Se dificultaba el parpadeo por el amasijo de sangre y sudor que cubría su rostro, lo sabía porque su lengua corroboró el sabor entre las comisuras de sus floreados labios. Era obvio que la madriza había sido brutal. Casi podía ver sus pómulos de tan hinchados que estaban. Parecía que le habían puesto una máscara. Sin embargo, los genitales y las piernas no tenían nada, sólo miedo.

El rugido de unas camionetas se fue haciendo más intenso hasta que se estacionaron a las afueras de la bodega. El abrir y cerrar de varias puertas le notificó al Jackson que un escape iba a ser más que imposible, menos al haber caído en manos de la gente del Pacho.

El Cos y Manuel seguían inconscientes. Parecían muertos, hubieran querido estarlo, pero sólo estaban noqueados. Vergueadísimos, dijera Miranda. Y esa idea lo hizo pensar en él: Pinche Miranda, se salvó. Aquí estuviera el cabrón, pero no le tocaba. Ni modo.

La puerta de la bodega se abrió, pero como estaba a sus espaldas, no supo quién entraba hasta que escuchó una voz: -Qué bien, ya despertó el angelito. ¿Cómo estás mi Jackson? Tanto tiempo sin vernos.

Era el Pavo. En realidad nunca lo había visto y el hecho de que estuvieran frente a frente, significaba que sería la primera y la última.

-Pos nada, aquí, sombreando.

-Quiero que me digas porqué Miranda no iba con ustedes.

-Se quedó en Nuevo Laredo.

-A qué se quedó.

-Se fue con una morra.

-No eches mentiras bato.

-Neta, se topó con una morra en un restorán a orillas de la carretera y se fue con ella. Es todo lo que sé.

-A ver muchachos, hagan recordar a este cabrón dónde chingados anda el pinche Miranda.

El Jackson sintió un cardumen de pirañas en la barriga. Tal como sienten los enamorados al saber que se acerca su amada. Así siente el cuerpo cuando percibe la presencia de la muerte.

Dos batazos en la cara le voltearon el rostro. Otros dos invocaron la sangre. Dentro de la boca sintió un manantial ardiente. Escupió y al hacerlo, un par de dientes se arrastraron entre el torrente de saliva entintada de rojo. Quiso gritar para que el quejido se llevara un poco del dolor que le burbujeaba en el rostro, pero no pudo, la sangre que galopaba por sus fosas nasales le impedía el resuello suficiente para hacerlo.

-Sólo dime dónde anda Miranda y le paro.

Intentó pronunciar dos palabras, mas como su lengua había desmayado, de su boca sólo salían balbuceos color carmín.

-Sólo dilo. Alcanzó a escuchar, pero sus sentidos comenzaban a embriagarse del dolor y eso le impedía tejer una palabra.

Alcanzó a ver que registraban su teléfono celular. Pero no había bronca. Compraban remesas nuevas de aparatos para cada misión. De tal modo que al revisarlos, las únicas llamadas registradas eran a los demás teléfonos del grupo. Ninguna más. La gente del Pacho ya se había percatado y por eso estaban emputados. Rastrear a un Equis era más complicado que encontrar diamantes fosforescentes. Una fría lamida en los pies le estremeció la nuca. Era gasolina, le iban a quemar los pies como al tata Cuauhtémoc. Lo sabía, porque era la característica de los cadáveres con la manufactura del Pavo. Antes de que el gélido halo abandonara sus plantas, los dientes del fuego le hicieron apretar las hinchazones que tenía como párpados. Aún no aminoraba el dolor, cuando un filoso gancho se encajó en su vientre. Lentamente fue subiendo, desgarrando a su paso su pellejo, tripas y lo que estuviera a su paso. A pesar de eso no dijo nada. La voz del Pavo se empezó a distorsionar. Dime y a'i muere, le decía. Pero no dijo nada. Nunca he rajado y no lo haré, pensaba. De pronto el dolor cesó. De golpe. La vista se hizo negra y poco a poco los sonidos se fueron haciendo más leves. Las fuerzas lo abandonaron. Una leve comezón en su frente fue haciéndose más y más caliente. El Jackson todavía alcanzó a sentir un hilito de sangre, vomitado por el orificio de una bala de Five Seven.